

se establecieron todas las prescripciones necesarias hasta para las cosas más ínfimas (1).

Temprano por la mañana, después de haber hecho sus abluciones y prácticas devotas, salía el discípulo de Budha para recoger su comida de limosna en las viviendas de la aldea ó ciudad inmediata; con paso tranquilo, bajando la vista y en actitud digna, pasaba de casa en casa, sin omitir ninguna, á no ser que fuese de un pobre de solemnidad para no quitarle lo necesario. Silencioso paraba su olla ó escudilla si veía que se le iba á dar algo y cubriendo con su manto lo que se le daba, se marchaba sin mirar la cara de la dadora. Sin necesidad ningún monje debía recorrer la población hacia el mediodía, y de regreso á su vivienda comía ya solo, ya en compañía de otros monjes, lo que constituía por lo general su única comida diaria, observando las minuciosas prescripciones en el modo decente de comer, los lavatorios antes y después de la comida, las gracias y la limpieza de los cacharros para no agraviar á Budha, que en todo quiere pureza.

Los alimentos dados consistían en general en pan blando ó duro y arroz cocido, que hoy es aun el alimento más general en la India y que se guisaba y guisa y condimenta de muchas maneras; la bebida era agua, filtrada si era turbia, porque otras bebidas, en especial las fermentadas, estaban prohibidas. Carne y pescado no lo estaban en absoluto, pero su uso era limitadísimo, como también el de golosinas, como miel, dulces, etc. (2). Por lo demás, en punto á alimentación los budhistas y los brahmanes se imitaron unos á otros.

Tocante á moradas, los monjes budhistas vivían al principio al raso, al pié de los árboles, en bosques, en las faldas de montañas, en cuevas, en cementerios, ya en el suelo y en el campo libre, ya sobre un lecho de paja, pasando por la mañana con paso y actitud dignos á las viviendas del pueblo para recoger las dádivas; y si la alimentación les obligaba á vivir cerca de las moradas del pueblo, la estación de las lluvias les hacía buscar también mejor abrigo para pasar las noches. También hemos visto que no faltaron personas laicas y opulentas que satisficieron esta necesidad de la comunidad regalándole hasta establecimientos grandiosos, como lo prueba la donación, celebrada en todas las tradiciones, de Anata-Pindada. En los libros doctrinales y de leyes del budhismo se citan cinco clases de moradas cuyo uso permitió Budha á sus discípulos, á saber: los conventos ó viharas, palacios, casas de uno ó más pisos, cavernas y templos abiertos en las peñas, de los cuales se han conservado, más ó menos, tan colosales ejemplos y cuyo origen data por lo menos de dos ó tres siglos antes de nuestra época, con una abundancia de adornos, de columnas é imágenes que hacen suponer una práctica antiquísima en las artes arquitectónicas. Hay nichos y cuevas abiertas en la Peña Artificial ó naturalmente, con restos de obras de carpintería (3).

En cualquiera parte donde se alojasen los monjes budhistas, ya fuese en cavernas, palacios ó grandes conventos inmediatos á grandes ciudades; en cualquiera parte donde

(1) *Mahavagga*, VIII, 13; *Cullavagga*, V, 23. El cuchillo servía principalmente para rasurar la cabeza y la barba, y además era permitido á los monjes un abanico ó espanta-moscas y un mondadientes de cierta dimensión, á lo cual se añadía, según Kern, un rosario.

(2) En el *Pratim.*, 7, 39, se dice: «El bhixu que sin estar enfermo pidiera ó comiere golosinas, como manteca de vaca usual ó clarificada, aceite, miel, melaza, pescado, carne, leche y nata, comete una falta que exige penitencia.» *Cullavagga*, VII, 3, 15, dice que Budha declaró, en contestación á las argucias de Devadatta y de sus partidarios, que le pidieron que prohibiera el uso de carne y pescado, que el pescado (y de consiguiente también la carne) podía comerse si los animales no habían sido muertos expresamente para los monjes.

(3) Véase la obra de Fergusson: *Hist. of Ind. and East. Architecture*, capítulos 5 y 6.

se fijasen su morada, siempre conservaron la costumbre, en el fondo solitaria, meditabunda y tranquila, que caracteriza la vida monástica y en especial la budhista. No obstante, allí donde vivían reunidos en gran número, en edificios vastos, tenían, como era necesario, grandes salas de reunión, comedores, sitios para las provisiones, hogares, depósitos de agua, baños, dormitorios, etc. Los monjes budhistas se necesitaban los unos á los otros, porque su ley les imponía la obligación de ayudarse mutuamente en lo físico y en lo moral para enseñarse y amonestarse, velar sobre su conducta respectiva y practicar en común los actos religiosos prescritos. Los neófitos debían pasar los primeros cinco años en compañía de dos monjes que por lo menos tuvieran diez años de antigüedad en la ordenación y que fueran los maestros del neófito, como éste era su servidor y compañero inseparable, según dice la ley. «El maestro debe mirar á su discípulo como hijo suyo y éste á aquel como padre; su observancia, confianza y vida común debe fomentar y adelantar continuamente su buena conducta y su saber.» Frecuentemente se reunían también monjes, discutiendo largas horas del día y aun de la noche en santas conversaciones y consideraciones sobre la ley, ó también en meditaciones mudas (4).

De esta manera se concordaba la necesidad de la soledad contemplativa con el trato íntimo á que impulsaban los sentimientos de amistad individual y las relaciones con el pueblo. Así es que al principio, y con más razón después, se relacionaban entre sí las pequeñas comunidades dentro de cierta comarca y celebraban juntas sus fiestas y otras prácticas. Más adelante se señalaron hasta distritos monásticos, dentro de los cuales todos los monjes tenían como dentro de cada comunidad, iguales derechos y deberes. Había monjes principales como los directores ó oradores según hemos visto, y también leemos que había funcionarios como guarda-almacenes, reparadores de ropa y de comida, inspectores de obras y otros; pero estos eran empleos que no daban ninguna superioridad y que se encargaban simplemente al monje más idóneo y más apto. Si había categoría consistía únicamente en el mayor ó menor tiempo de antigüedad de cada uno en la orden, ya respecto de los otros individuos de su comunidad especial, ya respecto de individuos de otras comunidades hermanas.

Ya hemos visto lo que prescribía el trato entre los hermanos de la orden. Estos, particularmente los más jóvenes, salían á recibir al que llegaba de otro punto ó simplemente de fuera, le quitaban el manto y la escudilla de la limosna, le conducían á un asiento y le presentaban agua para lavarse los piés. Se daba de comer, aunque no fuera la hora, al que sentía hambre, y solo después se le preguntaba por los años y días que hacía que estaba ordenado, para señalarle su puesto y lecho correspondientes en la comunidad ó convento. Había multitud de otros usos y costumbres que determinaban el trato ya entre los monjes de una misma comunidad, ya respecto de un monje forastero, costumbres que necesariamente databan de remota antigüedad (5).

El Budha previó también los casos de enfermedad, de miseria y de necesidad, para todo lo cual da la tradición sagrada reglas, advertencias y preceptos como los de cuidar al

(4) En un principio eran reducidos los conventos, ya naturales, ya contruidos expresamente. Según *Cullavagga*, VI, 11, se llamaba convento mayor el que daba cabida cómodamente á diez y siete monjes, y después á seis más, que con los discípulos formaban un total de 25 hasta 30 individuos. Más adelante se hicieron conventos mayores, tanto, que en la Edad media había conventos donde moraban centenares y hasta miles de monjes. La tradición habla de un maestro principal á manera de jefe espiritual, y luego de otro maestro ó guía que velaba probablemente sobre la disciplina, viniendo en dignidad después del primero.

(5) *Cullavagga*, VIII, 1 y 2; Kern: *El Budhismo*; Fah Hian: *Viajes*.

hermano enfermo y tenerle todas las consideraciones que exige su estado, permitiendo la ley no solo los cinco medicamentos principales, sino también el uso de dulces y otros alimentos prohibidos, citando como otros remedios gran número de yerbas, raíces, hojas, sales, grasas, etc., con instrucciones para su uso exterior ó interior, para perfumes, vahos y otras aplicaciones ya usadas en lo antiguo como después, y entre las cuales citaremos solo de paso, además de las aplicaciones citadas, las fricciones, purgas, vomitivos, gárgaras, lavativas, sangrías, el uso de la lanceta en las heridas y los abscesos, etc. (1).

También atiende la ley budhista á las necesidades extraordinarias, ya en tiempo de escasez, ya de abundancia, ya en los viajes, sobre todo en tiempos y sitios donde los monjes no podían encontrar hospitalidad; permitiendo según las circunstancias extralimitarse de lo que prescriben las reglas, para lo cual cita casos y ejemplos que prueban los fundamentos históricos de estas tradiciones.

Todo esto se remonta á un origen brahmánico, de cuya religión ha adoptado el budhismo sus principales reglas y usos, como las solemnes reuniones y revistas de la comunidad, la continua exhortación á cumplir cada uno fielmente los preceptos y mandamientos, como la observancia de los días de fiesta en las fases de luna, sobre todo en los días de los cuartos de luna, que Budha instituyó expresamente como días de fiesta (2).

Según la ley de Budha, quedaban destinados á estos sermones y reuniones los días correspondientes á las cuatro fases de la luna, resultando de la dificultad de fijar exactamente el día del plenilunio, que se consideraban como días de fiesta de esta fase de luna los días catorce y quince de cada mes. Los budhistas los celebran aun hoy, especialmente en el Tibet, como únicos días de fiesta; pero en general se celebraban los días de las cuatro fases de luna, como sucede todavía actualmente en Birmania, Nepal y Ceilan.

Todos los budhistas debían observar estos días de fiesta; pero los días de novilunio y plenilunio los monjes debían además celebrar una reunión solemne para oír la lectura del sagrado libro de las reglas de la orden, á lo cual iba unida una confesión. El más antiguo de la comunidad hacía saber el día de esta solemnidad y en la noche de este día debían reunirse todos los monjes que se hallaban en el distrito de la comunidad en un local destinado al efecto, pudiendo hacerse representar los enfermos por un hermano, á fin de hacer ante la asamblea la declaración de su pureza. El que no podía hacerse representar, debía asistir personalmente á la reunión, aunque ésta se hubiese de verificar junto al lecho del imposibilitado; solo las monjas, porque estas tenían su reunión particular, las novicias y los novicios y los budhistas laicos estaban excluidos de estas reuniones nocturnas. Cuando todos los monjes se hallaban reunidos y habían ocupado sus puestos y se habían cumplido todos los requisitos que mandaba la ley, en lo cual se procedía, según las comarcas, de

(1) Para la historia de la medicina sería interesante fijar el tiempo ó época en que fueron adoptados en la India todos estos remedios. Véase *Cullavagga*, VI, 10, 2; V, 14, etc.

(2) En el *Mahavagga*, II, se refiere en estos términos la institución de estos días: «Una vez, encontrándose el bienaventurado Budha en el monte Buitre, cerca de Rádyagriha, se reunieron allí monjes ambulantes de escuelas heréticas en los días de cada media luna, predicando al pueblo su ley, lo que les atrajo mucha gente y les procuró muchos adeptos. Entonces el rey Bimbisara de Magadha recomendó á Budha que mandase á sus discípulos imitar el ejemplo de aquellos monjes, y á consecuencia de esto se reunieron también los bhixus en aquellos mismos días, pero en silencio y meditabundos, lo cual disgustó á las personas que acudieron para oír sus sermones, y sabido por Budha, mandó á los suyos que predicaran en aquellos días un sermón.»

diferente manera, el más antiguo, ú otro encargado por él, invitaba á la lectura de la ley en estos términos: «Venerado sea el santo, bienaventurado y perfecto Budha. Escuche la comunidad, venerables señores. Hoy es día de fiesta (del novilunio ó plenilunio, el día quince del mes). Si la comunidad lo encuentra bien, que celebre la *uposata* (sesión) y que haga leer el *Pratimoxa*, libro de la emancipación eterna. ¿Cuál es la condición previa de una asamblea de ordenados? la declaración de la pureza de los venerables hermanos; por eso quiero leer la ley;» á lo cual contestaba la comunidad: «Todos estamos prontos á escuchar y atentos.» Dicho esto continuaba el orador: «El que haya cometido una falta, que la confiese; si no ha cometido ninguna, que calle. Del silencio de los venerables infiero que están puros.» Esto se repite tres veces, y el monje que después de estas tres preguntas repetidas no confiesa las faltas que sabe, comete á sabiendas una mentira, y toda mentira cometida adrede ha sido declarada por el bienaventurado como un obstáculo (al progreso). Por esto declara cada monje su falta de la cual desea purificarse, porque toda falta confesada le será leve.

Después de esta introducción debía preguntar el orador á los venerables tres veces seguidas si estaban puros, y no contestando nadie, aceptaba la declaración tácita de su pureza (3).

Después de esta introducción seguía la lectura de la ley, la enumeración de las faltas que exigían confesión y penitencia, empezando por las faltas más graves, que se castigaban con la expulsión absoluta de la comunidad; luego los pecados que implicaban expulsión temporal y así sucesivamente de mayor á menor hasta las faltas de decoro y las cuestiones y disputas que se dirimían. Todo esto era materia de ocho capítulos, cada uno con su mayor ó menor número de artículos, y al fin repetía el orador los títulos de todos los capítulos con esta declaración final: «Estas son las sentencias del bienaventurado bien ordenadas, que deben leerse cada medio mes. A todos corresponde observarlas en buena inteligencia, concordia y unión.»

De un modo análogo celebraban las monjas esta fiesta, solo que su libro de ley, ó sea el de las reglas de la orden, presentaba las modificaciones indispensables, teniendo como ya se ha dicho doble número (es decir, ocho) de faltas ó pecados capitales.

Por lo demás, á excepción de las moradas, como ya hemos dicho, las prescripciones relativas á la vida y de conducta eran las mismas que las impuestas á los hombres, si bien la posición de las monjas, inferior á la de aquellos. Las monjas no debían amonestar ni vituperar á ningún monje ni dirigirle reconveniones. En cambio debían buscar cada quince días las lecciones de un monje destinado al efecto; no debían celebrar su fiesta de confesión de la correspondiente ausencia de la comunidad de varones, la cual debía confirmar también la imposición de las penitencias y otras disposiciones de la comunidad femenil. Aun la invitación que las monjas hacían á los monjes para la fiesta llamada *Pravarana*, no era devuelta por los monjes, ni estos se reunían con las mujeres.

La *Pravarana* se celebraba cada año al terminar la esta-

(3) En la Biblia, en el *Libro de los Proverbios*, cap. 28, vers. 13, se dice: «Quien encubre sus pecados no podrá ser dirigido, mas el que los confesare y se arrepintiere de ellos, alcanzará misericordia.» En esto estriba también el principio budhista. Callar los pecados es obstáculo, y confesarlos es facilitar el camino de la libertad y bienaventuranza. Así se fija en la introducción del orador todo el culto, el único posible del budhismo, y por esto dice la ley posterior y más severa: «No debe celebrarse *uposata* ningún individuo que se conozca culpable de una falta.» Así fué introducida la confesión y la penitencia antes de celebrar la citada fiesta.

ción lluviosa (1), por lo general el 14 ó el 15 del mes correspondiente, antes de que los monjes se separasen para emprender sus viajes ó excursiones. Lo principal de la fiesta consistía en la invitación que dirigía cada monje viejo ó joven á los demás de la misma comunidad que habían pasado juntos la estación de las lluvias, diciendo cada uno: «Os invito, amigos, para que digais lo que de mí habeis visto, oído y sospechado; á que tengais misericordia de mí, señores; hablad, y tan luego como yo reconozca mi falta la enmendaré.»

Esto se repetía tres veces, y no faltaba quien refería las faltas que había observado; en caso contrario, guardaba silencio y así solía hacerse mas adelante casi siempre, porque se suponía que cada culpable había hecho su correspondiente penitencia, á tenor de la prescripción análoga á la referente al *uposata*, de que nadie que hubiese cometido una falta ó pecado celebrara la Pravarana. En esta ocasión era costumbre hacer el solemne reparto de ropas, hacer regalos á los monjes é invitarlos á banquetes; por manera que esta fiesta era además de santa, de regocijo para todos los budhistas.

Estas eran las fiestas y solemnidades principales de la comunidad budhista, prescindiendo de todas las otras que mas ó menos posteriormente se agregaron y en las cuales se fundieron el culto de la naturaleza, el de Budha y el mito brahmánico con las leyendas budhistas. Así, por ejemplo, la veneración de lugares y monumentos santos, produjo el culto de ciertos lugares y reliquias, con sus procesiones, pompa y exposiciones solemnes, es decir, un culto material budhista en lugar del antiguo y execrado culto material brahmánico. Según el espíritu del antiguo budhismo, no puede haber otra veneración ni otro culto mas que la confesión y la penitencia; no puede haber adoración, ni divinidad, ni naturaleza, ni historia en que se reconozca una dirección y un plan; porque todo esto es vano y nulo para el discípulo de Budha, que no aspira sino á su liberación y salvación. Para este fin encuentra todo lo que necesita en Budha y en su ley, que le dan todas las facilidades para alcanzarlo y le indican los obstáculos que debe evitar ó apartar. Si algo fuera de Budha, de su ley y de su comunidad existe ó puede existir que influya en la vida y en los actos del monje budhista, es únicamente la consideración que le merece la sociedad laica.

Así es que se lee frecuentemente en los preceptos, en las advertencias y en las prohibiciones: «Esto, ¡oh necios! no sirve ni para convertir á los no convertidos, ni para aumentar el número de los convertidos.» También se lee frecuentemente que al quejarse el pueblo de la conducta y de ciertos actos de monjes y monjas exclamaba: «¡Cuán apegados están estos todavía al mundo!» y la conducta de seis de estos monjes dió motivo á los preceptos que se establecieron sobre los actos de que los hermanos y hermanas de la orden se debían abstener y sobre la manera de conducirse. Aunque este ejemplo, como otros, fuesen puramente inventados para el caso por Budha ó posteriormente, siempre se observa desde el principio del budhismo, la gran consideración que Budha y sus discípulos tuvieron á la masa del pueblo; porque Budha se sirvió de la lengua vulgar y mandó á sus discípulos que le imitasen, usando cada uno el dialecto de su pueblo. También les recomendó: no hacer gala de virtudes milagrosas y sobrenaturales, á fin de no extraviar á la multitud; en lugar de hacer como las mujeres que se dan en espectáculo y ejercen sus habilidades por el vil dinero, profesar en todo la mas severa sinceridad, tanto enfrente de príncipes como delante del pueblo; evitar en su traje y aspecto exterior todo lo chocante y no imitar á los que llevaban consigo y á

(1) La estación lluviosa dura dos meses generalmente, julio y agosto. (N. del T.)

la vista de la gente algun cráneo ú otros huesos del esqueleto humano, lo cual les daba aspecto de espantados. Estas y otras cosas análogas estaban prohibidas á los discípulos de Budha, y en cambio se les permitían algunas cosas prohibidas, si el omitirlas podía herir la susceptibilidad del pueblo (2).

Se comprende tanta consideración al pueblo sabiendo que los monjes dependían de él para su subsistencia, vestuario y morada, y que con sus dádivas manifestaba y fomentaba sus sentimientos religiosos. Había de ser muy perverso enemigo de la orden aquel del cual monjes y monjas no admitieran limosnas. En tal caso, al verse casualmente delante de él, volvían su escudilla boca abajo, como persona que estaba fuera de toda relación con la comunidad (3). Había de ser muy pobre ó huraño el que no diera nada cuando otros daban y viendo á mujeres que iban á llevar á los monjes ó monjas ropas y alimentos, y á los enfermos y ancianos remedios y confortantes.

El pueblo en general estaba penetrado del deseo de salvarse yendo á escuchar los sermones de los monjes, y buscando instrucción y consuelo en sus viviendas y jardines aunque no fuese invitado, diciéndose: «Me refugio en Budha, en su doctrina ó en su comunidad.» Los que habían declarado su fe y querían con esto ser admitidos como siervos y adeptos de Budha, en calidad de hermanos ó hermanas seglares, celebraban las fiestas de la comunidad y tomaban parte en las asambleas públicas de instrucción ó de penitencia, y los mas devotos iban á confesar sus pecados á un monje y á renovar su declaración de fe y adhesión á los votos (4).

Estas eran las relaciones de la comunidad con el pueblo laico, las cuales no obstaban para que la comunidad se mantuviese casi tan separada de la sociedad seglar como los brahmanes, si bien los monjes budhistas no tenían el orgullo de aquellos. El pueblo laico creyente sabía que también se hallaba en el camino de la salvación, porque podía en una existencia posterior ser discípulo y sucesor del Budha, lo cual le atraía cada día mas al budhismo.

## CAPITULO V

### MUERTE DE BUDHA; SUS SUCESORES

Hemos expuesto hasta aquí, siguiendo la leyenda, la vida de Budha hasta que alcanzó la dignidad de tal y hasta la formación de la tradición sagrada, que fijó las reglas y la organización de la comunidad. En todo esto aparece el maestro vivo y activo en persona antes de su nirvana ó disolución en la nada, que según todas las fuentes budhistas, tanto las del Norte como las del Sur, viene á ser el suceso augustísimo final de sus recuerdos sagrados. Los recuerdos del tiempo posterior se refieren á la historia de la comunidad budhista, á la conservación y consolidación de sus doctrinas y reglas,

(2) Véase «Sobre la vida común de los monjes,» *Cullavagga*, V.

(3) *Cullavagga*, V, 20, 3, refiere los ocho actos que excluyen de toda relación con la comunidad. Estos actos son: 1.º Quitar á los monjes las dádivas y donaciones que han recibido. 2.º Causarles daño. 3.º Quitarles su puesto donde viven. 4.º Murmurar de ellos ó denostarles. 5.º Sembrar discordia entre ellos. 6.º, 7.º y 8.º Hablar con desprecio de Budha, de su ley y de su comunidad. El individuo que habiendo cometido estos actos reconocía su culpa, arrepintiéndose y prometiéndole enmienda, quedaba absuelto de la excomunión.

(4) El voto consistía en la observancia de los cinco mandamientos principales, variando el tercero según la situación del individuo, y como mérito especial se consideraba la observancia en los días de fiesta ó de ayuno de los tres mandamientos primeros de los que tocaba observar solo á los monjes.

la unión y unificación de los grupos y miembros separados y la historia de los padres y maestros de la religión budhista.

Antes y después del citado suceso, la verdad histórica se presenta mezclada con fábulas y leyendas milagrosas, y se citan personas y nombres propios envueltos en una atmósfera legendaria tan densa, que hay que aceptarlos tales como nos los ofrece la tradición. Solo al cabo de dos siglos y medio á contar desde la muerte de Budha, en cuyo espacio de tiempo algunos rayos de luz penetran aquella atmósfera legendaria, sin dispersar la neblina espesa que envuelve personas y cosas, construyó Asoca, rey de Maurya, los colosales monumentos abiertos en las peñas, que son los testimonios mas antiguos y mas legítimos de su época (1).

El Budha, en el sexto año de su misión sagrada, se halló junto al lecho de su moribundo padre, el rey Sudodana, el cual, reconociendo lo temporal de todo lo existente, murió libre de los lazos terrenos. A su muerte fué admitida en la orden, á sus repetidas instancias, Prayapati-Gautami. La envidia de seis maestros herejes, al ver los progresos que hacia la doctrina budhista en el pueblo, les indujo á proponer al rey de los cosalás, Prasenayit, después de haberse negado á ello el rey Bindusara de Magadha, que invitara al Budha á un certámen de virtud milagrosa. En aquel certámen los maestros herejes quedaron miserablemente vencidos, á pesar de lo cual no cesaron en sus calumnias; pero mas que todo esto afligió al Budha una discordia entre sus propios discípulos, que le indujo á retirarse á la soledad. Lo que no logró con sus reflexiones y con el ejemplo de dos antiguos reyes enemigos, que olvidaron su enemistad trocando su odio mutuo en amor, lo consiguieron personas laicas de buena voluntad que hicieron que los monjes reconocieran su culpa y se restableció la concordia entre ellos (2).

Estos y otros muchos hechos, trabajos y conversiones, refiere la tradición de los primeros veinte años de la actividad del Budha, que al cabo de este tiempo nombró á Ananda, su primo y discípulo favorito, compañero y asistente permanente suyo (3). Poco mas añaden las tradiciones del Sur respecto de los últimos años de vida del Budha, pero las del

(1) Ya hemos dicho en lo que precede y en cuanto nos ha parecido necesario, que son fuentes de esta obra las escrituras sagradas de los budhistas. En las «Lecciones académicas» de Weber sobre la literatura india, pág. 309, se encontrará una nota de estas fuentes, y en Hardey, *East. Monach*, en el Diccionario de Childers, está lo referente al Cónon del Sur. Para las leyendas relativas á la vida de Budha han servido con preferencia las fuentes del Norte, y para la ley y organización de las comunidades, los textos del Sur, que si no son mas antiguos que aquellas, son, en cambio, mas claros y mas comprensibles. Desde la *nirvana* ó muerte de Budha, ó sea desde el año 480 antes de nuestra era, hasta la mitad del reinado de Asoca, coronado en el cuarto año después de la muerte de su padre Bindusara, que reinó entre los años 291 y 263, pasaron 250 años. El padre de Bindusara fué Candragupta ó Candragutta, contemporáneo de Alejandro Magno y fundador de la dinastía de Maurya, y reinó entre los años 315 y 291. Uno de los edictos ó inscripciones en tablas del rey Asoca es el de Delhi y data del año 27 de su reinado, que duró desde 259 hasta 222.

(2) La discordia entre los monjes de Causambi sirve á la tradición para establecer reglas de conducta en casos semejantes. Aquella discordia tuvo quizá por origen, como la hostilidad de Devadata, algun suceso positivo. A un marido y su mujer, del país de Bharga, que recordaban haber estado unidos en matrimonio en otra existencia anterior, concedió Budha su deseo de vivir también en existencias posteriores siempre unidos y felices. La envidia de los maestros herejes dificultó la propaganda del Budha en el país de Causambi, donde estalló la discordia en la comunidad, si bien cesó al año siguiente.

(3) Siendo al principio invencible el deseo de Ananda de volver á ver á su desposada Janapada-Calyani, le curó el Budha prometiéndole en cambio niñas celestes mucho mas hermosas. La intercesión de Ananda á favor de Prayapati-Gautami fué causa de que las monjas budhistas le hicieran después su santo patron, y se le describe como persona joven, hermosa y amable, como sucede con otros discípulos favoritos en otras religiones.

Norte hablan todavía del fin de la oposición que le hizo Devadata, diciendo que éste se hallaba dominado por un deseo insaciable de adquirir fama y riquezas, á cuyo fin se granjeó por medios mágicos la amistad del hijo de Bindusara, que le colmó de honores y de consideraciones. Con esto nació en el ánimo de Devadata el deseo de ponerse en lugar del Budha á la cabeza de su comunidad de monjes, pero desde el mismo instante perdió su fuerza mágica. Al saberlo el Budha dijo que los necios se hacían á sí mismos justicia, tomando ocasión de este suceso para exponer á sus discípulos las diferentes clases de maestros. A muchos monjes que le refirieron los grandes honores que Devadata recibía del hijo de Bindusara, dijo: «Así como el banano y el bambú mueren al producir fruta, así arruinan á Devadata y le pierden los honores y lucros.»

Algun tiempo después, hallándose el Budha predicando su doctrina en una numerosa asamblea, en la cual estaban también presentes el rey y su séquito, levantóse Devadata y acercándose al maestro dijo: «El señor se vé cargado de años y su vida se acerca á su término; que disfrute, pues, su dicha en tranquilidad y que me ceda la dirección de su comunidad.» A esto contestó el Budha: «No digas mas, Devadata; ni á Sariputra ni Maudgalyayana entregaré yo la dirección de la comunidad, ni mucho menos á tí, hombre tan perverso y vanidoso.» Al oír esta contestación, dada en presencia del rey y de su séquito, se retiró despechado Devadata y desde entonces concibió la idea de perder al maestro. Este, por su parte, dió á sus discípulos en Radyagriha la orden de hacer saber públicamente que Devadata había cambiado y que sus discursos y actos no estaban ya de acuerdo ni con el Budha ni con la ley, ni con la comunidad; noticia que fué recibida del público de diferente manera, según la opinión de cada cual.

Devadata indujo al príncipe, su protector, á matar á su padre y ponerse en el trono, prometiendo que él por su parte mataría al Budha y se pondría también en su lugar. El príncipe fué preso al penetrar con la espada ceñida en la estancia de su padre y confesó su objeto y que había sido incitado por Devadata, á lo cual contestó el rey: «Ya puedes sentarte en el trono en seguida,» é hizo coronar á su hijo. El primer acto del nuevo monarca fué apostar á un arquero para que matase al Budha, y á otros arqueros para apoderarse del asesino á fin de hacerle ajusticiar con otros mas; pero estos, lo mismo que el primero, depusieron sus armas mortíferas y confesaron arrepentidos su culpa. Entonces el mismo Devadata emprendió lo que no habían hecho los arqueros. Pasándose cierto día el Budha por la meseta del monte Buitre, subió Devadata á un pico mas elevado, desde el cual arrojó un peñasco al maestro; mas el peñasco al atravesar el aire se hizo pedazos, uno de los cuales hirió un pié de Budha, haciéndole sangre. El maestro gritó entonces á Devadata: «Necio, te haces daño á tí mismo, porque verter la sangre de un tatagata (maestro) resulta fatal.» Los discípulos de Budha recibieron á su maestro en el convento con grandes muestras de dolor y le rodearon para protegerle de cualquier nuevo ataque, pero él los hizo apartar diciéndoles: «Un tatagata no muere de muerte violenta, sino de muerte natural.»

Entonces probó Devadata otro medio. Indujo con grandes promesas al guarda de un elefante feroz, llamado Nalagiri, á que soltara el animal contra el Budha cuando éste pasase por la calle. En efecto, el animal se abalanzó con la trompa, las orejas y la cola levantadas contra el maestro, al cual sus discípulos instaron espantados para que se retirase á todo correr; pero el Budha les mandó continuar tranquilamente su camino, mientras los habitantes de la ciudad al ver lo que pasaba subieron corriendo á las azoteas y miradores,